



El Odio Imposible

SEBASTIÁN SILCAZA

*Desde fuera, en cualquier clan, secta o partido,
reina la armonía; dentro, la discordia. Los conflictos
en un monasterio son tan frecuentes y están tan
envenenados como en cualquier sociedad.
Incluso cuando huyen del infierno, los
hombres no lo abandonan sino para reconstruirlo
en otra parte.*

Capítulo I

La directiva del albergue

¡Yo no soy ningún hijueputa!
Aunque tal vez sí lo sea.

Pero, al menos, no me invento las cosas. ¡No
soy chismoso!

Ya es un montón, ¡es algo! Solo eso me pone
por encima de cualquier escala de valores, sobre todo
en este lodazal. ¡Claro que sí! Vivo en un estero que
aposta lo indecible, ¡así es! Pero eso no significa que

yo sea como los sapos que brincan por ahí escondidos, picados, incompetentes, comiendo de los demás para, de ese modo, constatar la execrable subcagada que son.

¡Yo no soy ningún sapo, a pesar de vivir entre ellos! ¡No soy sapo! ¡No lo soy!

Con esas palabras reventándole el cerebro, el padre Zeler se despertó. Sin embargo, se levantó hastiado, lo que se dice H A S T I A D O.

Seguía oscuro afuera. Al lado de su cama, sobre una silla, estaba su clériman. Antes de vestirse, se acercó a la ventana mugrienta en donde, desde hace días, había una mosca muerta. Su cuarto se ubicaba en el segundo piso de un albergue deteriorado, conformado por una decena de cuchitriles húmedos y estrechos. Se dividían por paredes de yeso, incapaces de aislar el sonido de los otros huéspedes, de forma que podías oír

sus pasos,
sus pedos,
sus abluciones,
sus ronquidos y pesadillas con una nitidez desconcertante.

El albergue lo ocupaba el padre Saúl Zeler, un tipo de treinta años, y otros curas tan similares entre ellos que parecían clonados:

sesentones,
calvos,
panzones,
dientes grises,
lengua seca.

Lo único que los diferenciaba, al igual que los Teletubbies, era el color... de sus sotanas. ¡Así lucían! Pero la época en que pasaron estas barbaridades, no obstante, tres días antes de Navidad, la mayoría se largó a pasar las fiestas a otro lado. Cosa que, en el albergue, quedó Zeler, el padre Capón y el padre Vijara. Este último, a diferencia de los Teletubbies, era un hombre de luenga barba blanca y supremamente viejo.

Decían que era exorcista, ¡de los pesos pesados!

Pero no era cierto.

Pasa que el viejo dedicó gran parte de su vida a construir casitas para los pobres. Entonces, una vez, hace años, fue a una aldea perdida en la costa en donde, desde la madrugada, una mujer obesa no paró de gritar obscenidades, retorciéndose en convulsiones siniestras. Decía que la estaban “arrastrando

hacia adentro”. En fin, los aldeanos, la amarraron a la cama: pensaron que era el diablo quien la jalaba. Cuando el padre Vijara la examinó, supo que le iba a explotar el apéndice o algo así. Hubo que llevarla al hospital.

Eso fue todo.

¡Qué aburrida esa razón! Así que los acompañantes del viejo, con su imaginación morbosa, al regreso, corrieron el rumor, ¡así es esa gente!, y dijeron que el cura exorcizó a una plantilla de demonios que holgazaneaba adentro de la gorda. Quedó echada la semilla.

Padre Vijara, exorcista.

Ahora bien, el anciano, desde hace unas semanas, apestaba de modo insoportable, hasta sobrenatural diría. Una pestilencia enigmática.

Había otro huésped, pero no era religioso.

Maridueña se llamaba. Profesor de Ciencias Naturales. Con él estaban sus dos hijos. Dormían ahí porque su casa, precaria y modesta, sufrió un cortocircuito a causa de un cable pelado. Ardió en fuego, pérdida total. Los Maridueña se quedaron en la calle. Fue entonces que la directiva del San Gilles de Rais, colegio en donde daba clases, le cedió un cuchitril del albergue.

Ya había pasado un mes del incendio.

El colegio San Gilles de Rais lo dirigía el padre Zeler, quien sucedió al padre Capón, antiguo líder y fundador, tras veinte años de mando. Los demás curas eran un cero a la izquierda. Capón concedió la gerencia so pretexto de darle al San Gilles un rostro fresco, moderno, de ideas nuevas. Aunque, en realidad, quería librarse de responsabilidades.

¡Esa es la verdad!

Ya pasó su turno: ya no es su problema. De modo que el padre Zeler, un inexperto, reclutado de la Orden de los Luisines, tras dos meses como flagrante director, supo que lo embaucaron, ¡así son!, y que se reían en su cara por medio de la zalamería más absoluta y cínica. “Sé firme y no te enojés”, le solía decir el padre Capón.

¿Cómo que enojarse? Saúl Zeler era el director de una institución privada, y sus colegas lo trataban con distancia: comentarios irrelevantes, ¡paupérrima cordialidad!

“Sé firme”. Así hablan los sabios de este mundo. Los contrahechos andantes que ocultan su inconsistencia con una infame serenidad, fingida y sin

gusto cuando, lo cierto, es que están anquilosados hasta el culo. ¡Los sabios de este mundo!

Así reflexionaba el padre Zeler.

Afuera el rocío matinal caía sobre el cerro, en donde se ubicaba el albergue. Ya clareaba. A lo lejos, se veía el techo de la cancha cubierta, y, al fondo, reverberaba el monte que se erguía como un gigante al pie del colegio. Un monte que siempre olía a quemado...Aun así, la mañana se presentó mansa y dúctil, moldeada a las aspiraciones de uno.

El padre Zeler se percató que le apestaba la trompa. Sopló su aliento a su nariz para confirmar el tufo. Se vistió sin apuro. Bostezó. Luego bajó las escaleras y salió sin lavarse los dientes.

Eran las 6 am.

